

La conciencia, factor de evolución

(Viene de la pág. 216).

PERO admitamos que Loeb hubiera probado que los tactismos de los organismos inferiores no son fenómenos de conciencia ¿implicaría esto, como él lo pretende, que tampoco existe la conciencia en los organismos superiores? Absolutamente no. Aun admitiendo como verdadera la primera parte del postulado, en buena lógica no estamos obligados a aceptar la segunda. En efecto, aquí no se trata sino de una petición de principio inspirada por el axioma del Estagirita: «La naturaleza no hace saltos». Axioma que la biología moderna pone muy en duda, por no decir que rechaza, desde que Hugo de Vries, el célebre botánico holandés, demostró experimentalmente su teoría de la mutación o variaciones bruscas de los seres vivos.⁽¹⁾ Podría creerse, al contrario, que es precisamente por saltos como procede la naturaleza en su evolución.

Esto nos conduce a la segunda hipótesis a que aludimos antes, según la cual la conciencia no es un fenómeno propio de la materia viva sino una propiedad general de la materia.

Esta hipótesis, hipótesis panpsiquista, se inspira también en el consabido principio de unidad de materia y energía y ha sido hecha para conciliar este principio con la innegable realidad de la existencia de los fenómenos psíquicos.

El monista se encuentra delante de este dilema: o negar, como lo hace Loeb, la existencia autónoma de fenómenos que escapan a las leyes psicoquímicas o admitir la existencia de esos fenómenos y reconocer implícitamente la derrota de su sistema. Los panpsiquistas han tratado de conciliar su hipótesis con la evidencia de los hechos y para evitar reconocer como exacta cualquier hipótesis dualista, que ello y no otra cosa es el admitir que a un momento dado de la evolución de la materia ha aparecido un factor nuevo—la conciencia—que no existía antes, han imaginado y presentan como cierto que, más o menos manifiesta, la conciencia existe en toda la materia y en todos los grados de su evolución. Esta concepción ha obtenido el éxito que obtienen todos aquellos trabajos de índole paradójica tan al gusto del día y que por el solo hecho de satisfacer la sede de paradoja de nuestros contemporáneos consagran definitivamente la reputación de un escritor. El autor que

tuvo la humorada de afirmar que el hierro tiene memoria y que dió a esta salida una apariencia científica basándola sobre los fenómenos moleculares conocidos bajo el nombre de *histeresis* que se observan en el hierro a consecuencia de la torsión, hizo más por su reputación que si hubiera discretamente permanecido en un laboratorio durante varios años observando y meditando.⁽¹⁾

El panpsiquista, como todo hombre, tiene derecho a adaptar los hechos a la concepción filosófica que se ha formado del mundo, pero está también en el deber de no presentar los hechos deformados y sobre todo de no presentar su hipótesis como la expresión de la Verdad. Es muy posible que una hipótesis construida para explicar un grupo de fenómenos o la totalidad de fenómenos del Universo, sea falsa y es probablemente el caso de todas las hipótesis humanas, pero ellas tienen en su favor el hecho de haber sido imaginadas para interpretar *fenómenos observados*, cuya existencia es real. Pero una teoría construida *a priori*, es decir, no para explicar fenómenos observados, sino para satisfacer impulsos de nuestro espíritu y en cuyo favor se supone la existencia de hechos hipotéticos, no puede sino ser falsa. Y es lo que ocurre con la hipótesis panpsiquista: sus partidarios comienzan por admitir la unidad de la materia y de la energía, lo que no pasa de ser una hipótesis, y luego imaginan no menos hipotéticamente la existencia de la conciencia en toda la materia. Aquí se explica una hipótesis por otra hipótesis, mientras que en una hipótesis *a posteriori*, en una hipótesis científica, se explica un hecho observado, real, por una hipótesis.

Ni siquiera en física la doctrina monista puede proclamarse como la expresión última de la Verdad, y si como H. Poincaré⁽²⁾ lo demuestra, la certitud absoluta no existe siquiera en las matemáticas, mucho menos existirá en filosofía biológica.

Y hay más: los hechos parecen demostrarnos que la evolución de la materia cósmica se efectúa precisamente por saltos bruscos, siendo las etapas de estos saltos lo que podríamos llamar planos de evolución, es

decir, planos dentro de los cuales la materia evolucionaría hasta el grado máximo posible dentro del mismo plano pasando luego por una mutación, por un salto brusco, al plano inmediatamente superior. Así tendríamos el plano cósmico, el plano físico, el plano químico que parece dar origen a dos planos: el radioactivo y el vital, dando este último nacimiento al plano psíquico. Al pasar de un plano a otro la materia conserva los caracteres del primero y adquiere los del nuevo plano en que vá a evolucionar. Ello es lógico y comprensible y explica el hecho—que los monistas interpretan diferentemente—de que la materia viva, por ejemplo, conserve los caracteres que predominan en el plano físico.

Ni la hipótesis de Loeb que niega la conciencia, ni la hipótesis panpsiquista que la concede a toda la materia, tienen a su favor argumentos de peso. La realidad de la conciencia y su aparición a un momento dado de la evolución de la materia en cambio, son hechos de indiscutible realidad. Las hipótesis que podamos hacer relativamente a su naturaleza y a su finalidad podrán ser falsas, pero tendrán sobre las primeras la inmensa ventaja de haber seguido el camino impuesto por el método científico, es decir: observación de un hecho e hipótesis subsecuente para interpretarlo.

DECÍAMOS más arriba que en aquellos casos en que un fenómeno de conciencia se manifiesta, el comportamiento del animal sigue la línea de su mayor interés momentáneo. Esta concepción del comportamiento condicionado por el interés momentáneo del individuo la debe la ciencia a nuestro sabio maestro el Prof. Ed. Claparede y su trascendencia es infinitamente superior a lo que parece a primera vista, pues ella nos da la clave del papel que juega la conciencia en la vida de los organismos.

La historia toda de los individuos y de las especies, se reduce a esto: posibilidades de acción que presentan cada una un grado diferente de provecho para el individuo o la especie, y es precisamente este el papel de la conciencia: escoger entre esas posibilidades la más ventajosa. Cada acto de conciencia es, pues, una victoria que gana el individuo (y por consiguiente, gracias a la herencia, la especie) en el plano de evolución vital.

Examinemos cualquier función biológica y nos convenceremos fácilmente que la dominante de la evolución de la materia viva es la conciencia. Los fenómenos de mimetismo han sido en su comienzo, actos conscientes. El instinto bajo todas sus manifestaciones,

(1) H. de Vries.—*Espèces et Variétés*.—París, 1910.

(1) Al mismo orden de ideas pertenecen las elucubraciones de von Schroen, sobre «la vida de los cristales».

(2) H. Poincaré, *La science et l'hypothèse*.—París, 1912.